

cualquiera persona que, como yo, tiene ó ha tenido á su cargo un establecimiento de enseñanza y educacion secundaria: todo esto me ha hecho sentir, primero, la necesidad de generalizar el conocimiento de aquellos datos que deben servir de apoyo á la crítica, para calificar el colegio seminario de Michoacan, no ménos que la cuestion general de los colegios eclesiásticos: segundo, que en este punto deben separarse absolutamente la causa comun de todos los colegios de la Iglesia, de la mui particular de cualquiera de ellos: tercero, que en una y otra debe hablarse de una manera mas explícita y extensa, para que puedan percibirse bien todas las relaciones, y apreciarse con exactitud los trabajos particulares del seminario.

Lo primero me ha determinado á la presente publicacion: lo segundo, me ha decidido á trabajar dos piezas enteramente separadas; y lo tercero, á no limitarme á reproducir sencillamente lo que ya estaba hecho; pues como se verá, una y otra pieza son enteramente nuevas, si bien conservan la misma forma oratoria y el estilo directo en que fué escrito el informe que se leyó en 1845: forma y estilo que he querido conservar, no porque estos opúsculos se hayan leído ni hayan de leer en un acto público, cosa que no permite su extension; sino por conservar algo de aquel escrito, y porque de hecho nos dirigimos á todas las personas interesadas en la enseñanza y educacion, y mui particularmente á los que nos han honrado con su confianza, poniendo á nuestro cargo la direccion científica y moral de sus hijos.

LOS PRINCIPIOS DE LA IGLESIA CATOLICA

COMPARADOS

CON LOS DE

LAS ESCUELAS RACIONALISTAS.

EN SUS APLICACIONES

A LA ENSEÑANZA Y EDUCACION PUBLICA.

SEÑORES.

Los siglos, lo mismo que los hombres, tienen una fisonomía propia que los caracteriza y distingue; pero el nuestro parece salir de esta regla comun, á la vista de esa perplejidad é incertidumbre con que se anuncia por todas partes. Sea que los movimientos desastrosos del pasado siglo sirvan todavía de embarazo á una marcha regular y constante; sea que una funesta fatalidad haya dado este último triunfo al indiferentismo político y religioso; sea por último que la naturaleza de las graves cuestiones que hoy se agitan, la magnitud de los in-

tereses que se disputan, y la perenne sucesion de los obstáculos que á cada paso se presentan, retiren aun por muchos años esa época suspirada, en que volviendo á la unidad científica y moral las opiniones dominantes y las aspiraciones comunes, se haya de fijar nuestro siglo en una segura posicion; hasta ahora nada puede decirse con fijeza, ni tiene sin duda otro distintivo que el de su inconstancia y versatilidad. Los horrores y desastres de lo pasado, donde todo pareció concurrir á la omnimoda destruccion de los principios y al estermio completo de las instituciones mas respetables; lo presente que no muestra por todas partes sino complicaciones inauditas y dificultadas sin número, en consecuencia de esa última revolucion, que no limitada dentro de los términos de la nacion francesa donde acababa de estallar, se ha difundido como el fuego eléctrico por el mundo, derribando unos tronos, sacudiendo otros, conmoviendo todas las sociedades, insurreccionando todos los pueblos, hasta el extremo de llevar el puñal asesino al pecho de los Ministros, y obligar al augusto Gefe de todo el rebaño católico á dejar sus Estados, para ir á buscar en países extrangeros la seguridad, la libertad, la independecia que tan imperiosamente demanda el gobierno de la Iglesia universal; las tinieblas del porvenir, cada dia mas impenetrable: todo esto hace que nuestro siglo, fuertemente agitado y vagamente conmovido, nada recele tanto como fijarse. Entusiasta por carácter, tolerante por cautela, ni deja de hacer su cumplimiento á todas las innovaciones que vienen, ni da garantías de su adhesion á las doctrinas pasajeras que intentan seducirle con la pompa de sus encantos y el prestigio de sus bellas teorías. El movimiento general de las

ideas es progresivo, pero nada uniforme; es rápido y violento, pero no está suficientemente desarrollado: mucho movimiento, pero poco lastre; grandes y fuertes polémicas, pero ninguna desicion; varios problemas que resolver, pero ningun resultado práctico, seguro y universal.

Mas en este conflicto constante de reñidas controversias, vagas opiniones y doctrinas contradictorias; en este desden universal hácia las inspiraciones comunes de la verdad y la fe, en este menoscabo lastimoso de los grandes caracteres nacionales, en esta anarquía pasiva de los espíritus, parecen haberse salvado algunas verdades reconocidas, que pueden servirnos al presente de basa para fijar las ideas y recomendar la importancia de ciertos establecimientos. La razon y la historia nos revelan de consuno, que los pueblos corren la suerte de las opiniones, que estas se forman por la difusion de las doctrinas, y que las doctrinas están en razon directa de los sistemas generales de enseñanza y educacion. ¡Verdad importante, verdad reconocida; pero verdad estéril no pocas veces para los pueblos!

La profesion unánime de esta verdad principalísima no ménos en el orden especulativo de las ciencias, que en el cuadro general de la sociedad, dirige fuertemente hácia la juventud las miras y los deseos de aquellos que habiendo luchado en vano contra el torrente de las opiniones y de los partidos que se agitan sin cesar por disponer de los destinos de la nacion, buscan entre lo que aun existe algun elemento vírgen que pueda garantizar de algun modo la mejora del porvenir. Mas al apoderarse de este precioso elemento de progreso y de perfeccion, renuevan la lucha, y aplicándole á corroborar antiguos odios en vez de consagrarle á la reparacion de tantas ruinas,

esterilizan una verdad que debiera ser la tabla de salvamento para un pueblo que ha sufrido grandes y terribles desastres. Todos ven y con razon un bello titulo de esperanza en esa generacion nueva que no ha dado todavía sus primeros pasos á la escena peligrosa de las instituciones políticas; creen y con razon, que guarecida del comun contagio, exenta de aquellas preocupaciones que ciegan, y libre de tantas pretensiones momentáneas que va recogiendo cada uno en su tránsito por las revoluciones políticas, juzgará con mayor imparcialidad, y obrará sin duda con mas rectitud y firmeza. ¿Pero cómo podría ella corresponder á tan plausibles esperanzas, si no estuviese suficientemente provista de conocimientos y virtudes? ¿y cuándo contaria con esta provision importante, si el sistema de la enseñanza y la educación, ó por absoluta falta ó por la falsedad de sus principios, hubiese de ser para ella estéril ó ruinoso? En este lamentable caso las generaciones venideras serian iguales ó peóres que las precedentes, y la suerte de los pueblos cada dia mas incierta, mas precaria, mas irregular y mas desastrosa.

En efecto, nada es tan necesario como el establecimiento y conservacion de las escuelas públicas, donde han de atesorarse aquellas ideas fecundas, aquellos nobles y grandes sentimientos que preparan una era feliz á las naciones; pero nada es tan peligroso al mismo tiempo, como el multiplicar estos planteles, cuando se abandona su direccion al caprichoso flujo de las ideas reinantes, ó se someten al poder funesto de principios exagerados y máximas destructoras. Mejor nos fuera en este caso abandonarnos al instinto, y dejar correr en la ignorancia la serie de nuestros dias. ¿Quién de todos los que piensan, y prin-

cialmente de aquellos que cuentan con alguna experiencia, no ha reconocido toda la exactitud de estas ideas? Nadie ciertamente; pero el hecho es, que de un siglo acá vemos reinar la mas funesta confusion en las opiniones de los filósofos y en el cálculo de los políticos acerca de tan importante materia. Todos los establecimientos públicos han sufrido grandes trasformaciones; se han sujetado á exámen todos los sistemas; diferentes métodos han tenido su turno en la boga del tiempo; nuevas escuelas se han levantado en Europa; diferentes doctrinas luchan por conquistar las inteligencias; y sin embargo, todo parece hallarse pendiente de un último fallo que aun no pronuncia nuestro siglo: mas este fallo, que solo podrá satisfacer á las inspiraciones de aquellos que ven la corona de sus trabajos en una estéril celebridad, no es, señores, ni puede ser tampoco el punto desisivo para los que buscan en la naturaleza de las cosas, en la eficiencia de las causas y en el carácter esencial de los efectos, los datos suficientes y aproximativos que deben servirnos para apreciar en su valor exacto un sistema de educación. Este resultado feliz no ha de ser obra del siglo, sino de la verdad, que pertenece á todos los siglos; y esta conviccion incontrastable ha de nacer, no á la luz fugitiva de una seductora teoria, sino al calor fecundo de una sábia experiencia.

¿Cuál es pues la necesidad mas imperiosa que nos imponen á un mismo tiempo las tristes experiencias del pasado siglo, la perenne y vaga agitacion del presente, la inestabilidad de las opiniones y la sucesion estéril de tantas doctrinas? ¿cuál debe ser nuestra conducta al cabo de tantos desengaños en materia de educación? ¿qué partido debemos tomar los que nos hallamos al frente

de estos establecimientos públicos en esta lucha perdurable de opiniones y doctrinas? ¿qué bandera seguir entre las muchas que ha levado en este siglo en Europa el espíritu de sistema? Señores, felizmente para la razón y para la conciencia, para las ciencias y para la moral, para el saber y para la virtud, para los individuos y para las masas, para la perfección de los Estados y los verdaderos progresos de la sociedad, contamos ya cerca de diez y nueve siglos de poseer una institución depositaria de los verdaderos principios sociales, de las verdaderas doctrinas, una institución, que con solo no deber á los hombres ni sus elementos constitutivos ni su poder de conservación, se ha bastado siempre á sí misma, ha salido triunfante en todos los combates, ha sacado sus dogmas, sus principios, sus leyes y sus máximas iununes y libres al través de todas las borrascas que el espíritu de error y de crimen ha suscitado casi de continuo contra ella en el oceano inmenso de las edades. Esta institución es la Iglesia católica: suyo es el colegio que tengo el honor de dirigir; suyo el espíritu que aquí reina; suyo el gran principio que aquí se desarrolla; suya por último la esperanza que nos anima de ser verdaderamente útiles á la sociedad, á pesar de nuestra limitación: porque tiene la Iglesia de particular sobre las otras instituciones, el poseer con independencia de las grandes aptitudes todos los elementos especulativos y prácticos, esto es, intelectuales y morales, de verdad, unidad, universalidad, conservación y perpetuidad; y nosotros sus ministros tenemos sin duda sobre los primeros genios y los mas grandes talentos del mundo, la incomparable ventaja de poder difundir la luz y hacer la felicidad de todos los hombres, sin que nos detenga jamas la mas profunda convicción

de nuestra insuficiencia intelectual, de nuestro poco saber, de la oscuridad humilde de nuestro nombre, y para valerme de la bella frase de Lacordaire, „somos los únicos que podemos triunfar sin amor propio, porque nuestro triunfo no proviene de nosotros.”

Entro pues con tranquilidad á manifestaros que nuestra filiación no ha perdido su identidad antigua, y que lejos de asociarnos á partido alguno de los muchos que luchan hoy en Europa por conquistar el dominio universal de la inteligencia, admiramos, amamos y estudiamos mas y mas todos los dias nuestra doctrina católica: la seguimos en su totalidad, desechamos cualquiera otra que no sea ella ó generada por ella; y á ella lo referimos todo, desde las primeras nociones que vierte el niño por sus tiernos labios, hasta las concepciones mas elevadas y sublimes que la filosofía, la política y la religion atesoran en sus anales.

¿Por ventura necesitaria la Iglesia de recurrir á los filósofos para que la ilustrasen, la fecundasen y la sostuviesen en alguna siquiera de sus muchas instituciones particulares, cuando ella y solo ella ha podido obrar, no solo en las ideas religiosas, sino en las ciencias, en las artes, en la legislación, en la política, y en todo lo que mas admiramos tratándose de los esfuerzos combinados del genio, del talento y del poder hácia el bienestar del género humano, esa revolución inmensa que ha cambiado el aspecto de la sociedad desde el establecimiento del cristianismo? Seria necesario, para suponerlo, desconocer absolutamente las relaciones indispensables que existen entre las verdades dogmáticas y las verdades filosóficas, entre el entendimiento y la fe, entre la política, la moral y la religion, y no recordar que despues de haberse hecho el resumen de todos los elementos antiguos

y puesto en acción todos los recursos del talento, de la sabiduría, del poder y de la fuerza, la sociedad estaba enteramente consumida, todos sus resortes laxados, el poder convertido en tiranía, ó en rebelión, la sabiduría en scepticismo, las letras y hasta los mismos idiomas en tristes y miserables restos de una riqueza que ya no podía ni aun conservarse, cuando apareció la Iglesia y con ella la resurrección científica, moral y política del universo.

No señores, la Iglesia pone al frente de la filosofía sus instituciones con una noble seguridad, que no puede ni pretender siquiera ningún poder humano. Si las pone al frente de la filosofía, es porque ni teme el exámen ni esquiva la discusión, porque sus doctrinas hablan igualmente á la razón que á la fe, y porque sus designios comprenden en sí todo pensamiento que vaya dirigido á la conquista de un bien. Los que le han sido menos adictos, alguna vez han sentido la necesidad de desahogar la pena de esta convicción; y el célebre Montesquieu, que si no quiso aceptar el título de adversario, tampoco merece tener el de amigo, reconoció por esto, con tanta profundidad como filosofía, que la religión tenía también el poder suficiente para hacer la felicidad de esta vida.

Con toda la confianza que inspiran estas convicciones, entre señores en la cuestión de los colegios eclesiásticos, y en el desarrollo de nuestras ideas procuraré hablar principalmente á la razón con observaciones filosóficas. Si alguna vez me divago á explicaciones que pudieran parecer excusadas, reflexionad, que si nuestro siglo es de transacción y de tolerancia para todas las ideas, es exigente, es rigorista, nimio y hasta zeloso tratándose de las doctrinas y establecimientos católicos: todo lo reduce á la duda, y para todo exige pruebas.

Un establecimiento cualquiera de los que están consignados á los progresos de las ciencias y al cultivo de las costumbres, no debe ser á nuestro juicio, sino un principio en acción, la variedad subordinada á un pensamiento. El carácter de los estudios, el número y disposición de las cátedras, las máximas de la educación y toda la economía de los procedimientos de sus agentes en el orden científico y moral, todo debe mostrarse como el desenvolvimiento práctico de una verdad general, de una verdad fecunda, de una verdad accesible y reconocida, en suma, de un principio especulativo; y este principio, á su turno, no debe ser otra cosa que la expresión sumaria donde se reconozcan las tendencias particulares y generales de un establecimiento, así por las doctrinas que difunde, como por las máximas que inculca y las virtudes que cultiva.

El principio con todas sus relaciones científicas forma la parte especulativa; su desarrollo en el sistema de la acción, constituye el orden de los medios y la parte práctica; sus resultados individuales y comunes muestran las consecuencias universales y exhiben todos los datos de hecho, que son el principal apoyo de una buena demostración. Para tratar pues metódicamente la cuestión general de los principios católicos en sus aplicaciones á la enseñanza y educación pública, debemos en primer lugar determinar el principio general que gobierna todas las instituciones de la Iglesia, y el que especialmente preside á sus colegios; en segundo, mostrar los medios, ó lo que es lo mismo, este principio en su desarrollo práctico; y por último, echar una ojeada histórica sobre todos los resultados de la institución. Tal será mi plan. Mas ántes de tratar en especie de cada uno de estos tres puntos, me propongo exponeros ciertas ideas generales, que pueden reducirse á las tres verdades seguien-

tes, cuyo menosprecio pudiera causar equivocaciones y aun errores de trascendencia en todos los fallos de la crítica.

I.

Primera: el fin de cada establecimiento debe correr siempre por la línea comun de la felicidad, á que así el individuo como todo el género humano, son llamados por su naturaleza, sus elementos y sus destinos.

Segunda: siendo la felicidad la expresion mas genérica de todos los resultados de cuanto el hombre y la sociedad producen, conservan y preparan en la línea del bien, á ninguna institución incumbe el realizarla toda, si bien debe contribuir á ella en los límites de su objeto.

Tercera: la bondad de una cosa no es un título bastante para su adopción, sino que es necesario además, que sea natural y oportuna.

De lo primero resulta, que la felicidad comun en un centro de unidad para todos los establecimientos públicos. Mas á pesar de esta unidad genérica y universal, admiramos en todo aquella diversidad prodigiosa que por sus respectivos objetos guardan entre sí todas las cosas que van por último á concurrir en este punto de reunion. Pasad la vista, señores, por esa muchedumbre de ramos que el entendimiento cultiva, que la imaginación ensancha y que la voluntad adopta: examinad la agricultura, las artes, el comercio: observad los inmensos reservatorios del cálculo, las nobles tareas del metafísico, las indagaciones minuciosas y diversas del naturalista, las combinaciones exquisitas del político, las producciones vehementes del orador, las bellas y sublimes inspiraciones del poeta. ¡Qué multitud tan imponente de ramos! ¡qué diversidad tan prodigiosa de objetos! ¡qué sistema tan vário

de procedimientos y de ideas! Sin embargo, ¡qué concordia tan feliz en el blanco á donde todo se dirige! ¡qué armonía tan perfecta en todos los resultados! Proscrito está de la estimación pública cuanto no puede acelerar el progreso de la sociedad á su perfección, y excluido de la idea de perfecto cuanto no puede contribuir á mejorar esencialmente la condición de la especie humana.

Peró qué, ¿el bien de la sociedad, la felicidad comun corren exclusivamente á cargo de un individuo, de una clase, de una institución determinada? No, señores, y esta es una deducción neta de la segunda verdad que dejamos establecida. La idea de proscribir como incompleto lo que no comprende cuanto se desea, es igualmente falsa que caprichosa: no es nueva en el mundo, pero ha venido á ser mas comun, desde que se ha buscado el número mas bien que la perfección y profundidad de los ramos que se cultivan. Si un solo *fiat*, expresion augusta de la voluntad omnipotente, bastó al Ser Supremo para sacar de la nada la existencia y la felicidad del hombre, este se conduce de otra suerte, y el mas estrecho de los vínculos que le unen en sociedad, es el maravilloso y antiguo contraste que hoy, como en todos los siglos, ofrecen á nuestra instrucción y desengaño los resultados mezquinos del poder individual y las producciones colosales del poder combinado. Los hombres se estrechan á medida que reconocen su impotencia, y se aíslan en proporción que el orgullo les presenta mas reducido el círculo de sus necesidades individuales. De este modo la razón y la experiencia nos enseñan, que la obra de la felicidad pública debe ser el blanco que reuna todos los establecimientos, todas las profesiones, todos los ramos de cultivo con que brindan al entendimiento las ciencias